





vez, le diré que me llamo la señora Poltica.

—Pues yo he perdido, gracias á usted, el señor, y me llamo País, á secas.

—¿Usted es el País?

—Para servir á usted, que es lo que vengo haciendo apesar mio.

—¿Cuánto me alegro!... ¿Conque usted...? ¿Quién lo diría! ¡Tan abatido! ¡Tan tronado!

—Abi verá usted, cómo me ha puesto.

—Vea usted lo que son las cosas: usted me quiere mal, y yo, si vivo, es por usted y para usted.

—Hable usted con propiedad: usted, si vive, es sobre mí.

—¿Qué cosas tiene usted! Si me agito, es para desarrollar los intereses de usted, lo mismo los morales que los materiales; su felicidad de usted es mi única preocupación. Tanto es así, que muchas veces creo que debíamos ser marido y mujer, formar una sola alma con dos cuerpos, crear una familia, vincular la ventura de nuestra unión, y hacer de todos los españoles nuestros felices hijos.

—¡Yal! ¡Yal! Si le dejan á usted hablar, no la ahorcan. Tiene usted un pico de oro; pero amigueta, si con esa elocuencia deslumbradora me ha fascinado usted durante mucho tiempo, ya estoy escarmentado, y no conculgo con ruedas de molino. Usted es mi perdición; por usted he perdido los tesoros de mi patrimonio, usted utiliza mis fuerzas en la defensa de sus caprichos, gasta usted mi dinero en sus orgías de todas clases, y mientras usted gusta y triunfa, viviendo al día, devorando el porvenir sin pensar en el mañana, y teniendo preparada para decirle al marchar la inícuca frase de *¡ahí queda eso!*, yo sufro y peno y me avergüenzo de mí mismo, y el día ménos pensado, ó me descuartizan, ó me borran del mapa.

—¿Es verdad lo que usted dice?

—¡Ay! Si, señora.

—¿Y tengo yo la culpa?

—Usted, sólo usted.

—¿Pero qué hago yo, hombre de Dios, qué hago yo?

—Chuparme el jugo.

—Pues crea usted que si es así, lo hago inocentemente, sin saberlo, creyendo interpretar los deseos de usted y labrar su ventura.

—¿Mogigata!

—Hablo de veras.

—¡Trapalona!

—No me hace usted justicia; pero le perdono, y es más, para que vea usted quién soy yo, después de pedirle humildemente perdón de mis culpas, le propongo un tratado de paz, una completa reconciliación.

—¿Si hablara usted con sinceridad!...

—Con sinceridad hablo.

—Si, con sinceridad política.

—Voy á ser franca con usted. Mire usted, amigo País, si los dos no nos unimos, nos perdemos. Usted se ha desahogado, diciéndome unas cuantas picardías.

—No, señora, verdadas.

—Bien está, sea: verdadas. Pero, hijo mio, donde las dan las toman, y yo voy á pagarle á usted en la misma moneda.

—¿Qué puede usted decir?

—Algo que no le ha de gustar. En primer lugar, si yo soy mala y descarada, si triunfo y gasto, si soy caprichosa y hago mi negocio con detrimento del de usted, como usted supone, la culpa, amigo mio, es de usted, de usted que no se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena; de usted que perezoso me deja hacer, que cuando me oye decir algo bonito se queda con la boca abierta, y más de cuatro veces no me quiere usted mal porque hago picardías, sino porque conoce usted que se las hacerlas mejor, y usted siente que ser yo y no usted quien las haga.

—¿Oiga usted, poco á poco!

—Nose sulfure usted... ¡Pelillos á la mar. Uno de los defectos principales de usted es olvidarse del porvenir para recordar el pasado, ó lo que es lo mismo, para perder el tiempo. Convengamos en que hasta ahora hemos sido los dos culpables, hagamos esto de contrición, démonos un abrazo, y vida nueva. Usted me necesita para prosperar; yo sin usted me agito en el vacío y corro riesgo de dar un batacazo. ¿Acomoda el arreglo?

—Con condiciones.

—Veamos las de usted... Pero nos observa la gente; déjeme usted, que me coja de su brazo, y vamos paseándonos como si fuéramos dos recién casados.

—Yo quiero ser feliz.

—¿Y que usted lo sea.

—Un señor de veras, necesito por encima de una paz octaviana, quiero que me ponga á trabajar, que los capita-

les produzcan y se apliquen á nuevas y fructíferas empresas, que se hagan carreteras, que la vida rural pueda hallar desarrollo, que la actividad y la inteligencia se empleen en algo más que en formar empleados para devorar el presupuesto.

—Déjese usted de tonterías. ¡Hay cosa más divertida que ver los movimientos de los partidos, los tratos que hacen, las coaliciones que proyectan, las conferencias que celebran los hombres importantes?

—¿Conque es decir que no se enmienda usted ni se arrepiente?

—¡Imposible!

—Pues en ese caso... adiós para siempre. Continuará nuestro divorcio.

—Me tendrá usted que querer á la fuerza.

—La aborreceré de muerte.

—Me tendrá usted que tragar.

—Oiga usted, señora, y no eche en saco roto lo que voy á decirle. Mientras un hombre tiene para ir tirando, sufre, murmura, se conforma unas veces, rabia otras; pero cuando se le cierran todos los horizontes, cuando ya no puede vivir... ese momento de lucha entre la vida y la muerte suele ser terrible. Siga usted haciendo de las suyas, que ó yo no soy quien soy, ó si me desespero, me parece que va usted á tener que sentir.

—¿Qué dice usted?

—Por ahora nada más... He dicho, y basta.

Así terminó este diálogo, y si he de decir verdad, lo que dice y lo que calla Nos conviene meditar.

D. GARCÍA.

El vals.

Yo no sé bailar, pero esta circunstancia no es un obstáculo para que el vals me entusiasme, como no es un obstáculo para que me entusiasme la poesía el no haber hecho en mi vida, en renglones cortos, ni aleyunas.

Admiración debe sentirse por todas las cosas extraordinarias, y el vals lo es bastante para que nadie extrañe el encanto que me produce y la irresistible seducción que sobre mí ejerce, á despecho de los pícaros pies, que se empeñan en estar torpes y pesados cuando la voluntad quiere convertirlos en alas. El vals es la redención del baile.

Era sin duda una época desventurada para el baile. Su misión no tenía objeto. Todo lo había sacrificado á la felicidad ajena, y el hombre empezaba á reírse de aquellas amaneradas y casi ridículas actitudes que tenían mucho de los grotescos saludos con que los bufones saludaban á sus monarcas. La humanidad corría, y el baile se estaba quieto. Los lanceros eran demasiado ingleses, es decir, sobradamente frios, el rigodon ceremonioso, y la gavota casi antediluviana.

Todo iba en progreso; pero el baile había empezado uniendo las manos de los danzantes, y no pasaba de allí. Esta situación era intolerable. Momentos hubo en que se creyó que el baile desapareciera, causando desde lejos, cuando no se oye la música, el efecto de un baile de locos al compás de la *Danza Macabra*; peroafortunadamente no sucedió así. Se encargó de impedir aquel desastre el vals, aéreo, espiritual, encantador, movable, que animó con el fuego de la pasión el baile, é hizo de lo que éntes era frío y nieve, volcan abrasador.

Desde aquel día el vals lo llena todo. Ensayó sus virtudes en los aristocráticos salones, y bien pronto hubo de condescender, luciendo sus encantos en lo que éntes se llamaban bailes de candil; cruzó lleno de vivacidad y gracia las aterciopeladas alfombras de los palacios, siendo allí muchas veces la llama que prendió en el amor vírgenes corazones; y poco orgulloso y demasiado franco y campechano, entró en los bailes públicos, dando motivo á celos y disputas; su supremacía está hoy reverenciada más que reconocida, y seríamos injustos no confesando que merece este triunfo.

Es por demas encantador y hermoso el espectáculo que el vals nos ofrece, y con nada pueden compararse las dulcísimas sensaciones que se experimentan al eco de aquellas notas vivaces, alegres, arrebatadoras, de seducción irresistible, á cuya voz se borran todos nuestros recuerdos tristes, los ojos adquieren fuego vivísimo, la imaginación sueña con mundos desconocidos de infinita belleza, y sentimos renacer en nuestro sér nueva vida y nuevas ilusiones. Bailar en un salon que, aun estando espléndidamente iluminado, la imaginación se finge á oscuras, porque no

ve más luz que la que despiden los negrísimos fulgurantes ojos de la mujer con quien se baila; llevar sus manos juntas con nuestras manos, y el flexible tallo sujeto por nuestro brazo, que le rodea y oprime como una culebra; confundir nuestro aliento con su aliento, embriagarse con el aroma que de su boca exhala, más puro que el de las flores que adornan su artístico peinado; verla arrebatada, delirante, balancearse como una paloma movida por el viento; murmurar en su oído como un suspiro dulces palabras de amor, y al mismo tiempo, correr, correr, volar más bien, dando vertiginosas vueltas en presencia de un público que, lejos de escandalizarse, admira, sería volverse loco de placer si el placer no fuese locura, y la mayor de las inmundicias si no se llamase vals, y si la sociedad no lo admitiera como la cosa más inocente y natural del mundo.

Los antiguos creían que el diablo sorprendía bailando á sus víctimas para conducir las al fuego eterno. El vals hace imposible esta picardía del diablo. Aun logrando que las parejas muriesen en el momento del baile, sus esfuerzos serian inútiles: las encontraría ya en el cielo.

MIGUEL MOYA.

Mosaico.

Cuando el justamente célebre Gonzalo de Córdova conquistó el reino de Nápoles, como quien-verificó un paseo militar, llevó consigo á su inseparable Diego García de Paredes, el incomparable atleta extremeño, el cual entabló amorosas relaciones con una principalísima señorita napolitana.

Hablábase por una reja durante las nocturnas tinieblas; y despues de largo tiempo transcurrido, una noche quejose Paredes del mal tiempo que para estar tres ó cuatro horas en la calle hacía, y rogó á su amada le permitiese pasar al gabinete.

Negóse al pronto la bella y discreta italiana á la artificiosa petición; cedió, empero, por último, sabiendo que las puertas estaban herméticamente cerradas, diciendole á Paredes:

—Consiento, si encontras por dónde entrar.

—Trato hecho,—respondió el atleta.

Y diciendo y haciendo, arrancó la reja, la colocó á un lado de la ventana, y reposadamente dijo:

—Encontré por dónde entrar.

Y la admirada jóven no se disgustó por el inaudito hecho.

Mas fué el caso que al aproximarse la aparición de la aurora, la jóven mostróse afligida, y dijo á su amado:

—¿Qué va á ser de mi honra cuando aparezca con el sol arrancada la reja de mi gabinete?

—Si no es más que por eso vuestra aflicción, sosiegaos, vida mia, que yo lo remediaré.

Y al retirarse, arrancó todas las rejillas que en la misma acera había y colócolas en la misma forma que estaba la primera.

Mucho dió que hablar en Nápoles la peregrina ocurrencia, que dió, naturalmente, el apetecido resultado.

Histórico.

Anda rodando por la política cierto gallego, diputado, ex fiscal y otras varias cosas, el cual gallego se empeña en que ha de ser ministro en España, y lo será, sin duda, si no se viene encima uno de esos cambios que descomponen las combinaciones mejor ideadas.

¿Y quién es ese gallego? Para contestar á esta pregunta, referiremos la historia de un andaluz de la serranía de Ronda, que hacía de la hache jota, de la ele erre, y que jamás acertó á pronunciar la palabra Sevilla. Era tan falto de cacumen, que su pobre padre sudaba la gota tan gorda, apreciando la inutilidad completa de que diariamente daba muestras. Mas tocó al mozo la suerte de soldado, y, lo que es peor suerte, el ir á servir en Ultramar, para donde se embarcó ó le embarcaron como se embarca un fardo de mercancías.

Pasaron muchos años, y cuando ya no se creía que existiera, recibió su familia una carta en que el mozo daba cuenta de su persona, diciendo que vivía en la república de Nicaragua, que se había casado, que estaba rico y que era alcalde del pueblo. Su padre le contestó diciendo: «Mucho me alegro, y mucho se alegra tu madre de tu fortuna. No veo mal que te hayas vecindado en otra nación; es digno y bueno que vivas honradamente con mujer é hijos, y que te afanes para ganar dinero. Pero en cuanto á lo que me cuentas de tu posición oficial, te diré que valiente país será ese en que á tí te hacen alcalde».

Este tal es el político que por ahí anda rodando.

Mañana, 6 de Enero de 1879, día en que la Iglesia celebra la festividad de los Santos Reyes, es el 86º aniversario de un hecho histórico bien poco sabido, y que merece conocerse.

Era en 1813, y habían llegado á Búrgos, la antigua y noble *Caput Castellæ*, las primeras avanzadas del ejército francés, que se replegaba hacia las márgenes del Ebro, y que debía salir para siempre de aquella hermosa ciudad el día 13 de Junio, despues de hacer volar el famoso alcázar de los reyes castellanos, el baluarte del Cid, como entónces se llamaba.

En un pueblito inmediato, en Córtes, situado á unos ocho kilómetros de la capital, hacia el Oriente, hallábase alojado un escuadrón de dragones franceses, que trataban á *baquetazos*, como se decía, á los infelices campesinos; mas entre éstos había uno, el tío Cosme Rivas, de cincuenta años, fuerte, activo y muy valiente, que juró vengarse; había sufrido una afrenta villana en la persona de su hija María.

Puesto de acuerdo con algunas partidas de guerrilleros que bajaban diariamente desde la sierra de Búrgos hasta las mismas puertas de la ciudad, en la madrugada del día 6, y cuando los dragones franceses dormían tranquilamente, llegó á la casa del cura, en la cual se alojaba el comandante del escuadrón, M. Beauvais, el mismo que había ultrajado á la virginal María, y mandó tocar llamada á los trompetas de la partida española.

Esa que tenía unos 2.000 hombres, estaba en las afueras del pueblo en actitud de combate, y cuando los dragones montaron á caballo y salieron, trabóse sangrienta pelea, que duró hasta las ocho de la mañana; quedaron en el campo 85 franceses.

El tío Cosme, que había dado muerte á M. Beauvais, se dirigió desde allí á la tierra y se unió á la partida que capitaneaba el célebre cura Merino.

A tal punto de perfeccionamiento moral y material ha llegado la humanidad, que apenas si el hombre tiene para nada que ocuparse del hombre, y por eso el perfeccionadísimo bípedo racional dedica ahora todos sus cuidados al mejoramiento de los cuadrúpedos.

Esa es la razón á virtud de la cual los hombres se asocian para proteger y mejorar las razas animales, las que, por lo visto, no salieron del todo perfectas de las manos del Criador.

Las sociedades protectoras de los animales han protegido y mejorado ya muchas especies: el caballo en Inglaterra, el perró en Francia, el toro en España, han llegado á un punto de perfección admirable, merced á los inauditos esfuerzos de ciertos hombres que de algun tiempo á esta parte se dedican á ejercer la *filantropía animal*.

Hoy le ha llegado el turno á la reza felina, si bien en la más pequeña de sus ramas, el gato.

Es preciso proteger al gato, educar al gato, hacer algo por el gato y para el gato... pues hagámoslo, han dicho los belgas; y efectivamente, en Bélgica hay ya sociedades protectoras de esos pobres descendientes de *Micifuz* y *Zapiron*.

Lo malo será que á algun vecino de los belgas, á los alemanes, por ejemplo, les dé ahora en sus instintos *filantrópicos* por proteger á los ratones...

¿Quién sabe si eso ocasionaría un *casus belli* entre ambos pueblos, hoy amigos?

Lo cierto es, lectores, que en Bélgica se han dado últimamente *carreras de gatos*, y otorgado premios á los vencedores.

Por nuestra parte trasladamos la noticia al señor conde de Toreno, para que vaya proyectando un *galopódromo*, pues á buen seguro que S. E. no querrá que los gatos madrileños estén ménos atendidos que los de otras capitales.

No debe, pues, el señor conde demorar el planteamiento de esa importantísima mejora, aunque para ello sea necesario gastar otros 11 millones.

¿Qué ménos ha de hacer en beneficio de los bichos un gobierno que, á juzgar por lo que dicen los periódicos, está compuesto de un monstruo, un león, un pollo, y un Torero!...

Animo, pues, señor conde, y á ver cuándo nos da S. E. unas carreras de gatos.

En algunos círculos tenebrosos, vulgo carbonerías, asegurábase anoche que el señor marqués de Torneros se halla sumamente preocupado.

El caso no es para ménos.

Nótase escasez de operarios para fabri-

car seras, y escasea también el esparto necesario para su confección.

Así lo aseguran los síndicos de los gremios de tratantes en carbones, por cuyo motivo han de seguir éstos pesándose en la vía pública.

Por lo tanto, es necesario—no le falte al vecindario—de Madrid resignacion,—puesto que absorber le toca—carbon por nariz y boca—hasta teñirse el pulmón.

Cuestión de los carboneros.—Colocación del farol.—Dos asuntos, caballeros,—para que el pueblo español—alca una estatua á Torneros—junto á la Puerta del Sol.

Ningun pueblo vive tanto en la tradición y en la historia como los moradores de nuestra Castilla la Vieja. Si las capitales de las respectivas provincias vistieran el traje y adoptan los usos cortesanos, no es más que la cáscara ficticia de la exterioridad, puesto que en el hogar continúan las tradicionales costumbres.

Su posición geográfica les hace ser el centro de gravedad de la Península, y sus terrenos llanos y fuertes, sus desiguales temperaturas, las designan como los valiosos graneros españoles, alimento principal de nuestro pueblo, sobrio, apático, sufrido, pero nunca resignado ni condescendido.

Preguntado cierto día un labrador de aquellas tierras por qué no canalizan sus cinco grandes rios,—porqué tras formaban su sistema de producción, formaban su riqueza forestal y aumentaban su industria pecuaria,—contestó: «Si variamos el curso de los rios, contrariamos las leyes de la Naturaleza. Cualquiera transformación es la sustitución de lo natural por lo artificial; si criamos árboles, quitamos fuerza al sol necesaria á nuestros campos; si en vez de pan cosechamos otro fruto, sustituiríamos lo necesario lo superfluo; si aumentamos nuestro ganado, faltarían pastos en nuestras comarcas; y el desnivel que hoy se nota en toda Castilla, es porque al instituir la ley de la exaustación, que abolió los hábitos, no regeneré las costumbres; al desaparecer los unos, debieron desaparecer las otras. Nuestro estado es estacionario; porque al darle á un pueblo libertades, debe enseñarsele á hacer uso de ellas. ¿Ha sucedido esto?»

Contestacion merece el labriego.

Los actores del teatro Español han puesto en estudio un juguete en tres actos, en verso, titulado *Torcer el camino*.

¿Juguete y con tal título?

De esta obrita, mala ó buena, que mala ó buena será, pasará, lector, la escena, en la calle de Alcalá?

TUTTI.

Variedades.

Edad de los Arboles.

Por medio de observaciones hechas en árboles aún existentes se ha podido estimar la edad de varios de ellos, que en números redondos dan los resultados siguientes: El ciprés deciduo vive 6.005 años, el baobab 5.000, el dragón 3.000, el tejo 3.000, el cedro de Líbano 3.000, los arboles corpulentos de California 3.000, el castaño 3.000, el olivo 2.500, el álamo 1.800, el naranjo 1.500, la palma col á 1.000, el eol 700, la lima 600, el Fresno 400, el coco 300, el peral 300, el manzano 200, la palma de vino del Brasil 150, el abeto escocés 100, el bálsamo de Gilead cerca de 50. Ejemplos tales son bastantes para probar la verdad de una observación de Schleiden, de que parece posible que haya una planta que viva indefinidamente.

Iluminación eléctrica.

Por una disposición que M. Du-Moncel describe en figura demostrativa, y que no podemos comprender aquí sin dibujo, M. Werderman llega á realizar, según parece, el fraccionamiento completo de la luz eléctrica. Una máquina de Gramme, de fuerza de dos caballos, ha podido, en experimentos recientes, alimentar 10 lámparas, que brillaba cada una como 40 bujías de Spermacetti. La luz así producida es tan fácilmente tolerada, que se la puede envolver con un simple globo de cristal trasparente, en lugar del cristal casi opaco que necesita la bujía Jalbhogkoff.

Nuevo teléfono.

Se ha presentado á la Academia de Ciencias, en la sesión de 18 de Noviembre, un teléfono que emite sonidos muy fuertes y perceptibles en una sala entera. Construido por un principio del todo nuevo, presenta una gran membrana de papel pergamino, sobre el cual está dispuesta una corona de imanes muy pequeños. El inventor es, si no nos han informado mal, M. Ader.